

LA HISTORIA HACIA EL TERCER MILENIO “TODA LA HISTORIA ES HISTORIA LOCAL”

D. José Luis Gómez Urdáñez *

I. El lugar en la historia y la historia del lugar

En un artículo de opinión del diario *El País*, Hugh Thomas destacaba el tesón de los Monet, Schumann, De Gasperi, Adenauer entre los fundamentos de la unidad europea, siguiendo pautas biográfico-idealistas que recuerdan la mejor tradición historiográfica anglosajona. Sin embargo, a continuación recalca que estos *pioneros* habían nacido en terrenos fronterizos: una Italia dentro del Imperio Austríaco, una parte italiana no italiana –el Tirol–, la frontera entre Francia y Alemania, la *frontera entre lo que había que construir y lo que estaba destruido*, en referencia a la ciudad de Colonia. En definitiva, según Thomas, Europa había nacido allí donde la política internacional, la nacional y los *hechos locales* se encontraban.

Los pioneros europeístas empezaron desarrollando un proyecto local en alguno de estos lugares pequeños y fronterizos, en los que confluían política e historia, pasado y presente ...y futuro. Para lo que a nosotros nos interesa ahora, retendremos una propuesta: *la historia es y será inevitable en cualquier proyecto social y político de futuro*.

Porque la historia –tiempo, espacio y hombres libres y a la vez condicionados– proporciona buena parte de los fundamentos de cualquier proyecto, precisamente los que juegan dialécticamente contra los inevitables condicionantes, los transforman, los sustituyen, fijándolos a un tiempo, a un espacio, en cambio permanente. El tiempo inmemorial, el *in illo tempore*, el espacio indefinido y los hombres no medidos por sus necesidades y sus realidades históricas sino por presuntos ideales han sido las condiciones en que funcionó la historia precientífica, la leyenda, el mito y su más elevada formulación, la religión. En parte, también los argumentos de idealismos y nacionalismos victimistas.

* Catedrático de Historia Moderna. Universidad de La Rioja.

Pensemos en el nacionalismo vasco *sentimental* y aparecerá inmediatamente un *tempo* indeterminado y un espacio ahistórico. Desde la Ilustración, la historia científica exige lugar y tiempo, es decir, marcos objetivos de verificación. De entrada, la exigencia de comprobación obliga a la historia a ser *local*.

El hombre se afirma como ser histórico desde el mismo momento en que tiene un proyecto, pero no hay proyectos ideales ni un proyecto social es la mera suma de aspiraciones individuales. Lo que un padre quiere transmitir al hijo, lo que ahora llamamos educación familiar, hace doscientos, cuatrocientos o mil años, en realidad consistía en la transmisión de unas pautas de conducta orientadas a la reproducción de modelos históricos de supervivencia y autoafirmación de clase, de grupo, de familia. La educación exigía asumir el pasado para reproducirlo si fuera posible en mejores condiciones, es decir, para vencer las leyes de la causalidad –la rueda de la fortuna maquiavélica– y así conservar y mejorar en el tiempo y el espacio –villa o corte– los atributos de la estirpe, del grupo o la clase social. Sin embargo, tiempo y lugar, proyecto e historia, se cruzan inevitablemente: sólo en el tiempo *vivido* y en la proximidad tiene lugar el duelo entre lo viejo a conservar y lo nuevo a experimentar. Nadie se ha enfrentado al capitalismo, sino a don fulano de tal; nadie ha perecido fusilado por una idea sino por un pelotón mandado por quien pudo detener la orden. Todo lo que queramos aportar, por ejemplo, a la *transición del feudalismo al capitalismo*, a la *crisis del Antiguo Régimen*, a la *formación del pueblo...*, etc. ha de tener presente la necesaria comprobación, es decir el sometimiento de las ideas al rigor de lo demostrable en un tiempo y un espacio. En otro caso, no hay historia.

La historia no es una ciencia de ideas, pero tampoco es una ciencia de hechos; es una ciencia de explicaciones de los hechos que necesita ideas, pero antes de todo exige comprobaciones. Las necesita antes y las necesita después. Porque para el hombre en el determinado momento en que se encuentra en su existencia, las cosas no son como son, sino como puede interpretarlas en ese momento determinado, lo que también es válido para el historiador. Sin embargo, el historiador no puede reinterpretar al hombre del pasado desde sus presupuestos. Hoy sabemos más que los que vivían hace doscientos años, conocemos nada menos que el desenlace de sus problemas; pero no podemos sin un gran esfuerzo saber más *desde sus presupuestos*, precisamente porque tampoco podemos obviar el desarrollo de la propia ciencia histórica y de los condicionantes de nuestro tiempo. Por tanto hay dos necesidades absolutamente inexcusables para el historiador y que han de abordarse antes de iniciar la investigación:

Primero, *comprender los hechos como los comprendieron los protagonistas del tiempo que se estudia*. Hay que entender cómo ocurrieron las cosas de acuerdo con las capacidades de interpretación que los propios protagonistas tuvieron en un momento determinado. Por tanto es muy peligroso dotar a la historia de un componente moral, teleológico, *meliorativo*, más aún en la fase

de la investigación y la reconstrucción. No digo con esto que el historiador deba ponerse una venda, pero debe tener cuidado ya que la moralidad al uso imperante en su sociedad –y en su clase social, su grupo familiar, etc.– y los *finés de la historia* propuestos al pasado desde el presente seguramente no coinciden con los que tenían en el complejo de aspiraciones individuales o colectivas los hombres del periodo que estudia.

Antes de iniciar el estudio de cualquier problema, el historiador debería conocer bien los múltiples factores que influían en la sociedad que debió afrontar en la práctica lo que él ve sólo en los papeles y en su universo ideológico. Veamos un caso paradigmático a través de los estudios de demografía. Es frecuente que al proporcionar los resultados de la investigación se deslicen manifestaciones de tono moral, casi literaturizante, inevitablemente *presentistas*. Pudo haber 2.000 muertos en Logroño en la peste de 1599, sí, pero la *crisis* no se vio como hoy se vería una catástrofe natural de esas características, por tanto el historiador no ha de actuar como el reportero que pregunta a los afectados o a los supervivientes y menos como el *servicio oficial estadístico*. Nuestra concepción de la muerte dista mucho de la que tuvieron las sociedades que soportaban la posibilidad de que la mitad de los hijos murieran antes de cumplir los 7 años. Si no se tiene en cuenta la omnipresencia de la muerte en las sociedades preindustriales –en un pueblo como Cenicero en el siglo XVII podía haber un entierro cada tres días, uno de cada dos, de un niño– y los distintos roles que producía –con una esperanza de vida en 32 años, piénsese en el papel del padre, en lo que realmente representa el huérfano, etc.–, nuestras elaboraciones estadísticas sólo servirán para *miserabilizar* el Antiguo Régimen y presentar a esa sociedad dramáticamente acosada por la muerte, cuando, pese a todo, al historiador debe importarle la vida, lo mismo que a los que salían con vida de una peste y debían continuar *escribiendo* su historia. La crisis demográfica se hace centro de un siglo XVII catastrófico, pero, en el célebre poema sobre la peste de Logroño en 1599 se puede leer: *ya la peste ha pasado, ahora todo es hacer casamientos*.

Segundo: *comprender los hechos como fueron comprendidos por los hombres que vivieron con posterioridad*. Ahí reside la construcción de lo que llamaremos a partir de ahora las *ideas históricas*. La idea histórica no vive en un momento determinado y muere luego para dejar paso a otra; por el contrario, se realimenta con la interpretación de cada generación que sucede a los hechos: el hombre es una suma de procesos poliédricos –de nuevo, tiempo y espacio– que conforman finalmente su forma de ser, de vivir, en definitiva, su ideología. Obviamente, no limitamos el concepto ideología a su acepción actual. La conformación de la ideología en las sociedades históricas atiende a otros componentes que hemos venido llamando visión del mundo, pautas de comportamiento, conjunto de ideas sobre la sociedad y el grupo del que se forma parte. Este "tercer nivel", hoy tan atractivo para los historiadores rupturistas y *nouvelles*, no puede desprenderse del influjo de la memoria colectiva, del cor-

pus de ideas históricas que circulan en cada momento histórico. Un ejemplo: es *históricamente cierto* que Santiago no está enterrado en Santiago de Compostela y bastante probable que Pedro no esté enterrado en la colina vaticana, sin embargo durante siglos para la práctica totalidad de la cristiandad ha sido cierto lo contrario. Una idea histórica es imprescindible incluso a sabiendas de la posible falsedad de su formación. Llevemos este argumento a la paternalidad monárquica, a la percepción popular de la caridad, a las ideas sobre el tiempo vivido y su diferente densidad –un tiempo del campesino, un tiempo del monje, un tiempo del obrero–, a los fundamentos de las aspiraciones nacionales: la historia racionalista lo ha de ser exclusivamente por sus métodos, pero no debe trasladar sus presupuestos a todas las historias de todos los tiempos. Prescindir por ello de las historias construidas durante la Ilustración o de las aportaciones del positivismo es simplemente un defecto de formación.

II. Antes de la historia local, la historia

De todo lo anterior concluiría proponiendo cuatro principios inexcusables para que un historiador haga historia:

I. *Sin ideas no hay historia*. Es decir, sin teoría no hay ciencia. Buena parte de los trabajos académicos no son trabajos propiamente científicos. El amontonamiento de casos no es una comprobación, y muchas veces en los trabajos iniciales, y no tan iniciales, no hay más que un amontonamiento de casos para satisfacer o soportar ideas que son de situación o de préstamo por más que se llamen hipótesis de trabajo: muchas veces se confunde investigar con indagar y, a veces, simplemente con estudiar. Para investigar hay que tener ideas y hay que llevarlas al *laboratorio*, contrastarlas con hechos y nuevas ideas, proceder como se procede en cualquier campo científico por falsación–veracidad, por inducción o deducción, por comprobación a través de datos numéricos o apreciaciones cualitativas. Pero no todo acaba ahí. Nuestros “experimentos” no son como los del químico que obtiene el resultado de una reacción y puede expresarlo aislado al modo de *los hermanos Del Huyar descubrieron el Wolframio*. Queda lo más importante por hacer: nuestros resultados han de ser validados en la teoría general, obtener el *consenso* de la comunidad científica y alimentar nuevas ideas generales, *ideas históricas*. El gran problema de *la historia local* es precisamente la dificultad para llegar a convertirse en soporte de ideas históricas, pues al ser tomada como fin en sí misma durante años de exceso, pasó, en bruto, de la probeta al escaparate. Necesitábamos *el lugar en la historia* y la llamada historia local, especialmente la construida en torno a la económico-social, sólo nos dio la *historia del lugar*.

II. *Sin ideas nuevas no hay evolución científica*. La mera repetición de experimentos no significa que haya aportaciones. Toda historia, independientemente de que los hechos que la apoyan sean los mismos, conocidos u otros nuevos, tiene realmente que ser historia nueva. Da igual que se apoye en hechos cono-

cidos o en hechos nuevos. Pondré un ejemplo que servirá además para introducir el problema de la subjetividad, acuciante para vosotros, los estudiantes, pues lo veis con la fórmula del todo o nada. El químico no es el que produce el sulfato de hierro al poner el azufre y el hierro juntos en una probeta. El sulfato de hierro lo produce la naturaleza, no el químico, éste sólo es un instrumento. En este sentido, el historiador no es el que hace la historia, tiene que interpretar, manipular, poner una cosa al lado de la otra, pero es la historia la que se encarga luego de hacer que algunas ideas históricas sean válidas y conformen después una utilidad social del producto histórico o, sin embargo, que pueda ocurrir lo contrario. ¿Quién habla hoy en día, por ejemplo, del determinismo de los pueblos según el grado de temperatura que soportaban? El carácter de pueblos y naciones en función de las condiciones ambientales ha sido un lugar común en las explicaciones históricas desde hace siglos; todavía en el siglo XVIII, los más afamados racionalistas hablaban constantemente de la relación entre el caliente sur y sus hombres temperamentales, de las mejores condiciones que el frío nórdico prestaba a los pensadores; incluso se llevó el argumento a la fundamentación del racismo y la legitimación del esclavismo y la marginación de etnias y pueblos. La historia *científica* durante el siglo XIX y parte del XX asumió sin prejuicios un lugar común, probablemente subjetivo y seguramente utilitario, pero es de nuevo la historia la que ayuda a comprender su actual falta de vigencia. El nuevo proyecto social impone una historia nueva. ¿Subjetivismo de nuevo? No, historia. A diferencia de los errores cometidos por el químico o por el médico –que nunca achacaríamos a su subjetividad–, la comprobación de los errores históricos no se produce por el hallazgo de un nuevo invento puntual fruto de *más exactitud*, sino por la validación-negación que produce la propia evolución histórica, el último comprobante de las ideas. Nada será igual después del Holocausto: ideas, ideas científicas, sí pero, a la vez, serán ideas *sociales* –pensemos en el debate actual sobre ética y genética, por ejemplo–, en último término ideas inexorablemente *históricas*.

III. *Sin ideas históricas, las que tienen una pervivencia en el tiempo y se manifiestan útiles socialmente, no hay evolución social*: la historia se desentiende de su responsabilidad como *ciencia social* y vuelve a la académica y a la repetición de saberes más o menos cultos. Es obligatoria una *eficacia científica*, pero, sin aspiración a convertirse en herramienta de utilidad social, la historia pierde su atributo fundamental: formar parte del futuro de la evolución de la humanidad y ser guía de la formación de las ideas históricas (no olvidemos que la reconstrucción del pasado y su transferencia a la opinión pública no es hoy monopolio de los historiadores; buena parte de los *formadores de opinión histórica* proceden de campos como la sociología o la economía). Pero ¿cómo procederá el historiador? ¿en el terreno clásico de la transferencia de las grandes ideas –la gran historia– y del mantenimiento de los paradigmas universales consensuados, o por el contrario, en el marco de la necesidad concreta, actuando sobre lo que cada hombre es capaz por sí mismo de aprehender? Es evidente

que las ideas históricas han sido siempre una herramienta más de comprensión de la realidad, en cuya conformación *influye* el historiador, pero no sólo cuando publica su gran elaboración, sino sobre todo cuando aporta las pruebas que permiten una general comprobación. ¿Qué sería el fascismo si no existiera Auschwitz, Treblinka o Majdanek? ¿Qué sería la Guerra Civil Española si no existiera la Barranca o el Valle de los Caídos? ¿Qué sería la Inquisición sin los papeles de los procesos concretos?

Los símbolos no deben ser abolidos, retirados u ocultados; de la misma manera, sigue siendo necesario publicar textos. Pienso, por ejemplo, en la eficacia que tendrá en la formación de ideas históricas la publicación del pequeño diario de un emigrante camerano a América que se conserva en el Archivo Diocesano. Ideas, símbolos, *lieux de memoire* deben estar accesibles –de ahí la importancia de ampliar museos, crear museos locales *temáticos*, publicar colecciones populares de textos básicos de la localidad y la región, etc. En otro caso, los jóvenes acabarán pensando que lo que contamos los historiadores es una historia de ideas universales –lo que los estudiantes llaman el *rollo*– antes que una comprobación de ideas históricas que tienen plena vigencia. Nuestra obligación de alimentar las “ideas históricas” antes que la petulancia de dirigirlas nos debe llevar a un reencuentro con el sujeto y a una labor de aportación de pruebas que, en parte, hemos olvidado.

La aportación de “pruebas” es más necesaria si cabe que la corriente de desmitificaciones que hemos padecido. Veamos un ejemplo de debate muy actual: se dice que la Inquisición no mató tanto y se agrega: ¿en qué país no ha habido inquisición? Además, nos libró de las Guerras de Religión –no hubo en España Noche de San Bartolomé– y no fue llevada a las Indias. Ante estos argumentos no sirve nuestra intención de reforzar las ideas históricas a través del debate de ideas, hay que aportar las pruebas. Es más eficaz la sola declaración de un hombre de Alfaro en el siglo XVII, juzgado por la Inquisición antes de ser ahorcado, que ante el juez decía constantemente “ay virgencita, no más, no más, digo lo que queráis, declaro lo que queráis, sí, sí, soy hereje”. Los hechos históricos son rotundos y veraces; después vendrán las ideas históricas.

IV – *Sin un componente histórico basado en ideas históricas, todo proyecto político global está condenado a su autoparalización.* No hay un proyecto político que resista la prueba de aparecer como un proyecto lanzado hacia el futuro, impulsado *sólo* por sus componentes promisorios. Contendrá más o menos historia, una u otra historia, pero el punto de partida, explícito o velado, será inexorablemente histórico. En una *sociedad ahistórica* como en la que parece que vivimos, aparentemente condenados al futuro, lo que está ocurriendo, sin embargo, es la transposición entre un primer objetivo, el de la historia –el hombre–, por un objetivo elevado a *único* que responde a los mecanismos que actúan en la sociedad, por ejemplo la economía, la ecología, la democracia. A veces parece que tiene más importancia la economía que el hombre, el pato de Doñana –la ecolatría o la ecoestulticia– que el pobre campesino que ha perdi-

do sus cosechas, la teoría del poder en las democracias –es más importante el poder como regenerador y generador de poderes que no como expresión de la representación popular y de su expresión- que su función reguladora y, por ello, transitoria. Se está sustituyendo el hombre, un ser social e histórico en constante transformación, por los mecanismos contruidos por el hombre, por sus propios "trampantojos": los nuevos *idola*, con el becerro de oro a la cabeza. Sin embargo, toda transformación social, que en efecto necesita el aquí y el ahora, y se ha de construir en torno a lo que llamaríamos *ingeniería social*, no puede aislar al hombre en un pequeño mundo de ilusiones tecnológicas o económicas. La anunciada globalización, principio y fin absolutos de un ciego dictado universal anónimo en el que se han diluido las responsabilidades, se contrapone con la situación del hombrecillo doméstico, limitado, insatisfecho, responsable cuando no culpable o culpabilizado de las consecuencias de un proceso del que sólo se siente actor cuando contamina, arroja residuos, incrementa las listas de paro o produce gasto a la seguridad social. En fin, me atrevería a proponer la historia como terapia..., pero conviene esperar: ya lo hará alguien convenientemente preparado en los lugares donde se diseña la cacharrería mundial.

III. Historia local y nueva historia

Ni el positivismo, ni la Escuela de *Annales*, ni la historia marxista, ni las mentalités están en vía muerta. No estamos aquí para enterrar a nadie, pero tampoco para sobrevivir reconfortados por la nostalgia, cerrados a la novedad. Se dice que la historia está en crisis, que se ha descompuesto en migajas, lo que no nos debe preocupar. Es preferible que la historia esté en crisis a que se muera de éxito en el confortable palacio de Clio. La historia necesita constantemente ideas nuevas aunque provengan de lo que se ha venido en llamar *historia basura*, postmodernidad, deconstrucción, oleada conservadora. Santos Juliá ya advertía que tras los grandes paradigmas estamos abocados a la pluralidad epistemológica y al debate permanente, lo que no es ninguna mala noticia.

Seguramente el rechazo de la novedad al que asistimos no proviene tanto del juicio ponderado sobre las nuevas formas –literaturización, narrativa–, los nuevos objetos de estudio –individuos, actitudes–, los nuevos métodos –psicohistoria, microhistoria– cuanto de la incapacidad para aceptar la expansión de la historia al margen del control de las fuerzas hegemónicas que hasta ahora en mayor o menor medida respondían a planteamientos políticos de progreso. La intervención del mercado en el reparto de prestigios, que hasta hace poco era asunto exclusivo de jerarquías universitarias, ha aumentado la irritación de algunos sectores que al comentar éxitos editoriales hablan de oportunismo, despreciando en bloque lo que en definitiva todo autor persigue. En fin, ya era hora de que libros de historia fueran *best sellers*. Además, por lo que toca al más reciente en el debate, el de H. Kamen sobre Felipe II no es malo en abso-

luto y, afortunadamente, ha contribuido a reconocer que en España existe una demanda de libros de historia mucho más arraigada que lo que parecía.

Lo que algunos llaman *historia basura* puede ser en efecto uno de los resultados de la búsqueda interesada de la novedad al calor del lema *lo bueno y es nuevo* y en el contexto del auge de lo morboso y lo trivial. Pero, siempre ha habido buena y mala historia ...y folletines. Siempre ha habido y habrá público interesado por los *borbones en pelota* y por el *aire de un crimen*, por el puñal y el veneno, como decía hace muchos años el provocador Fernando Savater: "las historias que nos gustan son aquellas que se contaban antes, las historias de la alcoba y el puñal, de los soldados que comían cadáveres en las estepas heladas y de los Papas envenenadores, las que narraban con minucia los movimientos del flanco izquierdo de la caballería en la batalla de Queroña y resaltaban la importancia de la longitud de la nariz de Cleopatra".

Pero estos argumentos, que responden a la demanda del público harto de nuestro discurso oscuro y francamente petulante a veces, no tienen ninguna relación con los planteamientos científicos, muchos realmente elaborados, de los que propugnan la ruptura, pues algunos no son sino el resultado de las críticas que los propios maestros ya opusieron frente al monopolio de los grandes paradigmas y, dentro de ellos, al peso del economicismo o el sociologismo. Pongamos algunos ejemplos.

¿Cómo se puede comprender el mundo de pasiones, miedos e inestabilidad social en la Castilla del XVII? Jaime Contreras lo ha resuelto perfectamente en "Sotos contra Riquelmes". La microhistoria permite adentrarse en una pequeña ciudad, entre unas y otras familias rivales y observar cómo se desata un vendaval de venganzas, crímenes, acusaciones, delitos, inducciones, que reflejan la parte más oscura de la vida social en Castilla. Sin conocer estos sentimientos y pasiones ¿cómo se puede comprender el mundo de los conversos por ejemplo? Un hidalgo o un converso no eran sólo una idea o una condición jurídico-legal, y menos una idea religiosa; hablamos de personas *distintas* que vivían en una sociedad uniformada por la religión y dividida por la *sangre*, recelosos sus miembros a causa del triunfo de una mentalidad inquisitorial, presta a la denuncia anónima y, a la vez, necesitada de la protección que otorgaba por ejemplo el familiarato en el Tribunal. Hay algo más que condiciones económicas y estrategias de ennoblecimiento y, desde luego, nada malo en abordar con métodos nuevos aquello que los tradicionales no lograron hacer comprender.

"Oviedo no corras más, que hace tiempo que corriste cuando a Cristo condujiste de Pilatos a Caifás". Así decía un pasquín contra un hidalgo en Alfaro, flamante capitán de los tercios que llega a su pueblo en las fiestas y se muestra altivo y orgulloso. El pueblo, que no olvida los orígenes del *medrador* quizá tres o cuatro generaciones antes, le clava un pasquín en la puerta debajo del escudo de hidalgo. Ingeniosa manera de exhibir el rechazo social. Otro ejemplo, éste en Logroño. Los Ponce de León, cuyo miembro de la tercera o cuarta gene-

ración había llegado a tener nada menos que una capilla en La Redonda –lle-
garían a ser los mayores propietarios de Logroño y regidores perpetuos duran-
te siglo y medio– eran de origen converso. El pasquín siguiente iba contra
Manuel Ponce de León: "A ti te digo Manuel hijo de Pedro Moreno, nieto de
Don Bueno que yace en el moscatel...". No aparece por ningún lado el Ponce
de León sino *Moreno* o *Bueno*, apellido y nombre de sus antepasados conver-
sos. El *moscatel* es el nombre del cementerio judío de Logroño. De nuevo, un
dato local, sólo un dato pero que no nos detiene mucho tiempo en la ciudad ni
nos incita a la microhistoria rabiosa; por el contrario, estimula nuestro afán de
conocer en adelante una amplia realidad social.

En definitiva, algunos de los nuevos planteamientos no pueden ser rechaza-
dos por más que con el sello de la novedad se nos presenten monjas lesbianas
o se pretenda exculpar *psicohistóricamente* a Hitler con el argumento de su
personalidad patológica. La biografía como "tranches de vie", la vuelta de la
historia narrativa en forma de prosopografía aplicada a reconstrucción de élites,
los nuevos escenarios como la corte o los edificios emblemáticos –les *lieux
de memoire* de P. Nora– o la vida interna de colectivos partidos, sindicatos, gru-
pos profesionales, en fin, la reconstrucción de la espiritualidad, de lo incons-
ciente y lo irreflexivo, de las "gotas de agua sucia" o el "lado nocturno"
–recomendable el artículo de J. Gracia Cárcamo en el número 19 de Ayer– ni
son temas y métodos tan novedosos ni desde luego irrumpen negando las gran-
des construcciones con las que, por más que se quiera, enlazan. En definitiva,
se haga lo que se haga en el futuro, nada podrá obviar las grandes construc-
ciones teóricas de lo que podemos llamar revolución historiográfica del siglo
XX: la historia económica y social en sus diversas vertientes, la influencia del
materialismo histórico, la historia liberal de tradición anglosajona. Por muy
rupturistas que se presenten los nuevos planteamientos, quedarán las grandes
construcciones históricas, sus métodos y sobre todo los esfuerzos de muchas
generaciones que han conseguido dotar a la historia de un estatuto científico y
profesionalizar la disciplina. Probablemente por ello es posible la irrupción de
la nueva historia.

Desde este punto de vista que no es otro que el que siempre ha aplicado el
historiador cuando selecciona con juicio crítico sus variados materiales, lo más
conveniente es llevar el debate a la propia historia. Nuestra disciplina posee
como el resto de las ciencias sus propios mecanismos de comprobación, por lo
que de la misma forma que muchas de las desviaciones escolásticas han sido
criticadas y corregidas, abriendo caminos nuevos en medio del debate entre
historiadores, es esperable que anuncios de fin de la historia o negaciones del
propio sentido de la historia como ciencia no pasen de ser otros tantos obstá-
culos desde los que abrir nuevos caminos. No hay que decir que algunos nos
tranquilizamos precisamente cuando leemos las aportaciones comprobadas por
la llamada despectivamente *historia local*, provengan de la microhistoria, de la
suma de biografías –véase por ejemplo el libro de A. Cristóbal sobre los miem-

bros del tribunal de Logroño— o del análisis de la religiosidad a través de los testamentos, nuevas vías que dotan de especial relevancia a los estudios *en la localidad*. Hay muchos estudios sencillamente ejemplares en los que se observa la integración de los nuevos enfoques con la *gran* historia y que no podrían haber sido elaborados sin el recurso de la *historia local*: pienso, por ejemplo, en *Gobernar en Extremadura* de Angel Rodríguez, en *La vida cotidiana en Galicia* de P. Saavedra o en *Los conflictos sociales en Castilla* de P. Lorenzo Cadarso.

En definitiva, la posible banalización de la historia se produce por una ruptura, sí, pero no por la que deviene de los propios rupturistas, sino por la que ha producido lo que a todas luces aparece como un agotamiento de los viejos paradigmas para integrar las novedades. Y sin embargo, las demandas de apertura al *tercer nivel* estaban ya en los viejos maestros como Delumeau, Hill, Bloch, Le Goff, Duby, E. P. Thompson o el propio P. Vilar. Vayamos de nuevo al ejemplo. Los estudios de demografía parecen haberse agotado cuando más serios eran los intentos de superar la cliometría, el mero recuento y las elaboraciones estadísticas. Sin embargo, todavía habrá interesantes proyectos, aunque serán estudios diferenciales y no partirán de las clásicas cuentas de la vida y la muerte, sino de las diferentes condiciones del vencimiento, de la vida y de la reproducción, como ya proponía J. Ziegler hace años. Probablemente, no se supeditarán ni a la hegemonía de la división en clases ni a los condicionantes económicos, sino que abordarán nuevos problemas desde otras categorías: tendrán en cuenta factores como el amor, la concepción de la muerte, los roles familiares, la consideración de las edades del hombre, sus sentimientos y aspiraciones concretas en cada una de ellas —terrible herejía contra las *finalidades*—, en fin, el *tiempo* de la educación o el peso del celibato y sus paliativos, la prostitución por ejemplo. Aportarán más materiales cualitativos (sermonarios, testamentos, biografías, literatura popular), un arsenal en España que ha sido escasamente explorado y que permitirá evitar la rigidez que emanaba de datos como *la esperanza de vida es de 34,52 años*: dato exacto hoy, pero muy engañoso en su tiempo cuando el afán de una sociedad no era presentar cifras *competitivas*.

Quizás en España llegó demasiado pronto la historia de las mentalidades, cuando todavía la historia económica y social no había construido los grandes modelos que, por ejemplo, eran ya clásicos en Francia y ya se anunciaban los modelos más avanzados. Ya en los años cincuenta, Le Forestié por ejemplo reflexionaba sobre la realidad social que en parte ocultaban las cifras. Si la esperanza de vida es tan corta, el padre morirá antes de que el hijo mayor haya llegado a la madurez. Plantearse el *rol* del padre en la educación de los hijos o la situación de una viuda con *hijos* o con *hijas* en el mundo campesino no es fragmentar la historia sino hacerle las preguntas para las que presumiblemente preparábamos nuestras cifras. Llegando más lejos, irrumpieron ya tempranamente cuestiones como el amor y su escasa relación con el matrimonio —P. Lorenzo dice bien que en el siglo XVII el amor llegó a ser algo extraconyu-

gal-, la consideración social de la mujer transmisora del honor y fábrica de hijos –véase el artículo de P. Lorenzo “Los malos tratos a mujeres...”–, el papel de la emigración temporal, el cambio de domicilio –mucho más frecuente de lo que pensábamos en un Antiguo Régimen de campesinos *clavados* a la tierra–, la edad a la que empieza el trabajo del jornalero, etc.: ámbitos que devolvían a la historia su ilimitada capacidad –necesidad– de hacer preguntas.

IV. Una conclusión optimista sobre el papel de la historia local

Hasta que Pedro Luis Lorenzo Cadarso no publicó el artículo “Luchas jornaleras en la ciudad de Logroño en los siglos XVI y XVII” sabíamos muy poco en España sobre la relación entre paro estacional y monocultivo. Hay muy pocas regiones en el Antiguo Régimen en las que más de la mitad de la tierra se destine al cultivo de un producto destinado al mercado, además prescindible como es el vino, por lo que los estudios sobre el mundo agrario del interior de la península planteaban una situación muy distinta a la que se producía en La Rioja. Aquí se iban a encontrar respuestas realmente sorprendentes: no solamente habrá *parados* en toda regla durante los *tiempos muertos* del viñedo, los que vio Jovellanos, que nada poseían y se agrupaban en la plaza de Fuenmayor “pereciendo en el descanso” y comparando su miseria con la riqueza de los propietarios; también hay huelgas junto a la torre de la iglesia de Santiago, cuya campana anunciaba el comienzo de la jornada, en protesta por la limitación de los salarios durante la poda o la vendimia en pleno siglo XVII.

La historia local aporta nada menos que la constatación de que el paro o la huelga no son sólo mecanismos característicos de la sociedad industrial. En Logroño se puede demostrar que aparecen en el campo, en el momento en que se produce una agricultura con posibilidades de mercado en torno al viñedo y se quiebran el sistema de complementariedad y las fórmulas tradicionales de la subsistencia campesina. En pleno XVIII, el fenómeno de una inmigración temporera atraída por el apogeo del vino, que concentra en pequeños pueblos de Las Rioja una gran masa de asalariados durante unas semanas, es un fenómeno social generador de frecuentes alteraciones muy poco conocido en el Antiguo Régimen agrario español. Su estudio permite ampliar nuestro horizonte de reflexión sobre ese campesino presuntamente inmóvil y proponer nuevas encrucijadas, nuevos problemas *universales*, en la línea propuesta por J. Fontana.

No haría falta decir que, desde ese punto de vista, los estudios locales comprobantes y *provocadores* son absolutamente imprescindibles para la historia, pero sí conviene reparar en que, además, contienen en sí un enorme potencial comprensivo y activo con el que construir nuevos argumentos, nuevas ideas que, no olvidemos, son las que provocan *nueva* historia. Traslademos a la actualidad las reflexiones sobre el monocultivo vitivinícola riojano en el XVIII y observaremos el valor explicador de la historia cuando se cita con el hecho local: por ejemplo, reflexionemos históricamente sobre lo que pasa en una

pequeña población campesina africana donde las multinacionales han roto los tradicionales sistemas de autorregulación basada en la subsistencia imponiendo la producción monopolista de cacao para el mercado. ¿Cual es el futuro del proceso? ¿Necesariamente conducirá esta "agricultura comercial" al incremento de aportación técnica y, por ello, a la industrialización? Probablemente, la evolución histórica del Tercer Mundo destruirá muchas ideas históricas occidentales, por ejemplo, la ciega hegemonía del proceso industrializador como única vía de progreso, y nos hará pensar en vías que dejamos inexploradas en la construcción de nuestros *modelos*. La atención a los hechos locales es imprescindible para no acabar inmersos en lo que se ha llamado *pensamiento único, modelización, sociedad de la información*, una trampa similar a la que tiende el profesor que proporciona 40 folios de bibliografía, directamente de la impresora del ordenador al pupitre.

En conclusión, *toda historia es historia local* no era sólo una provocación, sino la constatación de uno de los fundamentos que ha hecho de la historia una ciencia, que no está mal recordar de vez en cuando: la obligatoria comprobación de hechos e ideas en el tiempo y el espacio. Pero, además, en España, la historia local y regional irrumpió como símbolo de *verdad demostrable* contra *verdad oficial*, de historia desde abajo contra historia oficial de la *España una*. Un repaso de las obras más emblemáticas de la historiografía española de los últimos treinta años pone de relieve que España pudo superar la parálisis histórica culminada por la dictadura gracias a la irrupción de historias locales y regionales. A través de ellas llegaron los métodos de las escuelas historiográficas más relevantes en el exterior, las relaciones entre historiadores españoles y extranjeros, con el consiguiente incremento de trabajos realizados por hispanistas, ahora ya no como competidores malmirados, sino como colegas y compañeros. Todos podemos recordar a los "amigos" franceses o ingleses que trabajaban en nuestra región en aquellos años dichosos.

En suma, la historiografía española, conocida y reconocida, entraba en los grandes debates historiográficos europeos donde se comparaban cifras y argumentos, problemas históricos y soluciones, hipótesis y teorías. Sin duda, los años setenta y principios de los ochenta fueron de euforia y absoluta confianza en el futuro de la vía elegida, que no era otra que la construcción de *modelos* en torno a los datos empíricos delimitados por una región más o menos natural que –recordemos– incluso solía ser descrita al principio de nuestros trabajos atendiendo a sus características geográficas.

Sería prolijo describir cómo ocurrió el cambio, ya evidente a mediados de los ochenta. No entraremos en el problema, pero sí constataremos que el signo más claro de que las cosas iban por otro camino se produjo al comprobar el desdén con que se empezaban a mirar los trabajos realizados en el ámbito local, todos tachados de localistas. En parte, era razonable: perdido el horizonte aglutinador, no tenía ningún interés una nueva aportación que, por otra parte, solía presentarse como una nueva publicación auspiciada por la conse-

jería de cultura o el ayuntamiento correspondientes, frecuentemente al margen de las tradicionales justificaciones sobre el objetivo final: la pretendida síntesis.

Hay evidentemente otros factores –algunos se contemplan en mi libro *En el seno de la historia*, próximo a aparecer–, pero no me detendré sino para constatar que en la actualidad son perceptibles de nuevo síntomas de cambio profundo. En parte, se han esbozado a lo largo de mi intervención, pero lo que ahora interesa de lo que se anuncia es que la mal llamada *historia local* tendrá un papel más importante. Habrá que seguir diferenciando *el lugar en la historia* de la *historia del lugar* –una lección a no olvidar en el futuro–, pero, los trabajos empíricos que se hagan al calor de las nuevas corrientes no podrán eximirse de la necesidad de localización, sea como comprobación, sea como *provocación*. Incluso, en último término, su papel didáctico, de primer laboratorio del investigador novel, es innegable. En suma, todavía esperan al estudiante investigador kilómetros de estantería en los archivos locales y regionales por los que no ha pasado todavía ni el plumero de la señora de la limpieza. Procesos judiciales, legajos de cofradías –hace años que A. Domínguez Ortiz pedía su estudio–, protocolos muy poco explotados –muchos, sólo para suministrar datos sobre artistas, compraventas o negocios–, en fin, un arsenal con el que impedir que la microhistoria, las *mentalités*, la prosopografía, la psicohistoria y cualquiera de las corrientes nuevas lleguen a ser sólo *historia basura*, esa que siempre ha habido, antes y ahora.

